

Llegar a la docencia sin antecedentes

Luis Christian Velázquez Magallanes*

*No me voy, me alejo para ver mejor.
Es hora de enfrentarlo.
Ya no hay vuelta atrás...*

El 18 de marzo del presente año, de manera inesperada, se publicaron los requisitos para participar en el libro conmemorativo de Educ@rnos y el tema me incomodó en demasía. Ahora tocaba el turno de explicar a las figuras que influyeron en la decisión de ser maestro.

Vaya galimatías, el proceso de escribir a veces llega a un callejón sin salida, donde las ideas sobre los temas se esconden o dejan de aparecer de manera clara y precisa. En una conversación sobre temas para escribir, un buen amigo sugirió el abordaje de la vocación del ser maestro; la vocación explica una serie de factores que separan a los docentes que marcan diferencia de los que se pueden categorizar como mercenarios de la educación.

Mientras que la vocación genera un compromiso ético y moral respecto al quehacer, aquel que ha llegado de manera accidental al servicio educativo no revisa críticamente los procesos de enseñanza y aprendizaje y sólo pasa los días buscando salir de los problemas básicos para formar jóvenes.

En el ideario popular existe el dogma de que, por cada maestro frente a grupo en él, existe la firme convicción de emular a aquel que considera como el mejor formador y nunca caer en los vicios o errores del que contempla como el peor de los docentes. La confrontación de estas figuras antagónicas explica por qué los docentes actúan de cierta manera y buscan omitir ciertas conductas.

En cierto sentido, la confrontación del maestro que ha dejado una huella indeleble y el otro se busca omitir explica por qué subsisten docentes con un alto grado de vocación y otros que comercian con ella.

El pretexto conduce a un atajo fácil. La respuesta obvia sería recurrir a la rotonda de los maestros ilustres jaliscienses y hablar de

cómo ayudaron a construir y mejorar el sistema educativo estatal. Pero, ¿acaso no habría otro tipo de formadores de los que se debe hablar y, por supuesto, agradecer?

La autorreflexión, por supuesto, conduce al encuentro de las figuras que han influido en nuestro ser como formadores. Pero quizá también se debe dirigir un homenaje desde otra mirada. Existe una figura que, indudablemente, marca profundamente a cada uno de los docentes: el padre.

La relación profunda entre un padre y un hijo es crucial en la formación de cualquier maestro. Mi padre, José Luis Velázquez Ramos, es un ser excepcional; contra todo pronóstico se encargó de revertir todas las variables contrarias para ser un hombre de enorme éxito.

Recuerdo, aunque en ese momento no estaba de moda el término resiliencia, su anécdota de haber empezado la primaria a los ocho años. El hecho en sí despertaba la hilaridad de todos; hasta sus hijos nos reíamos. Imaginar a un niño de ocho años compartiendo el inicio de la primaria con otros más pequeños despertaba gracia. Con el tiempo, él señaló: Ingresé a esa edad porque antes no se podía; tenía que vender gelatinas.

Su historia de éxito siempre estuvo rodeada de enormes silencios; aún no sé si por pena o por tener que conservar una imagen de firmeza ante sus hijos. Pocas veces platicó cómo pasó su adolescencia y juventud. Sabíamos cosas muy escuetas: en su barrio pagaba por ver la televisión, le fascinaba jugar fútbol, su mote era el Cañones por tener un disparo certero y con mucha fuerza, sentía un enorme placer por consumir carne, su familia en algún momento tenía como negocio una carnicería y era capaz de dar todo por su familia. Cuentan que, en su casa, las circunstancias propiciaron que sacara el temperamento para fungir muy pronto como cabeza de familia. Mi padre perteneció a esa generación que tuvo que madurar por los golpes de la vida. Era la época en donde los hermanos provenían de dos o tres matrimonios fallidos. La madre era el centro del universo y el padre fungía como un satélite, a veces cercano y la mayor parte del tiempo muy alejado.

Es verdad cuando se dice que los padres hacen todo lo posible porque sus hijos no padezcan el infierno que a ellos les tocó. Si bien no

hay una escuela para ser papá, se ejerce teniendo como objetivo dar a cada uno de los hijos aquello que faltó, todo eso que ellos quisieron y anhelaban, pero las circunstancias de la vida negaron. El padre atraviesa una crisis con su imperativo de “*dar todo*”, cómo dar sin crear la falsa imagen de que el mundo siempre estará para cumplir nuestros deseos; educar inicia con el primer cuestionamiento de encontrar el punto exacto entre proporcionar y aligerar la carga sin perjudicar.

Hoy, recuerdo que el mundo de mi padre no fue narrado, fue mostrado. Acudir religiosamente al mercado Alcalde para comer birria de horno y hacer la despensa, visitar el mercado de la Colonia del Sur por un Chocomilk o ir a probar los raspados de afuera del CUCEI representó un hecho maravilloso; enseñar todas aquellas cosas que a él lo formaron y compartirlas con aquellos que formaban a su familia.

Mostrar su mundo también implicó un acontecimiento muy importante: enseñar con el ejemplo. No recuerdo haber visto a mi padre quejarse por sus deberes y obligaciones. Siempre se despertó temprano, acudía a su trabajo religiosamente y nos hizo crecer con la certeza de que siempre se tenía lo necesario. Construyó con tesón y constancia una visión del trabajo bajo los criterios de respeto, deber y obligación. Su frase siempre fue: *hacer para merecer*.

La grandeza de la labor educativa de mi padre tenía aspectos que valoraban la diversidad porque siempre otorgó a sus hijos lo necesario, sin dar explicaciones, pero con el amor silencioso de quien ama sin esperar nada a cambio.

Por eso parece que, si hay una figura con la cual estoy profundamente agradecido por haberme enseñado con su amor y sus formas es a mi Padre. Él es la figura que, indudablemente y sin quererlo, me ayudó a comprender que mi vocación estaba en las aulas. Gracias por todo.

*Licenciado en Filosofía. Profesor de educación secundaria en la SEJ.
chris-brick@hotmail.com

